



Joven conjunto que progresa



Coreógrafo Beltrami ensaya

BALLET

Bailando a La Pincoya

□ El Ballet Nacional progresa, pero faltan obras de más peso en su repertorio

De las diez obras presentadas por el Ballet Nacional en su breve temporada del Victoria (dos programas, cuatro funciones), la más esperada era *La leyenda del mar*. Parte de su música se dio a conocer el año pasado en los Festivales de Música Chilena y ahora, al estrenarse completa, confirmó que la partitura de Juan Lemann, intensa, sugerente y cargada de fuerza dramática, es una obra importante.

Inspirada en la leyenda de La Pincoya, "diosa que personifica la fertilidad de la fauna marina", era un buen pie de partida para la creación de un ballet nacional, pero la coreografía de Fernando Beltrami, a pesar de pasajes bastante logrados como danza en sí, se quedó corta en cuanto a la recreación de la leyenda en términos más dramáticos, y la fuerza de la música no halló su equivalente sobre el escenario. El decorado de Ana Soza, basado en proyecciones —que en algo recordó los recursos utilizados por Alwin Nikolais— fue positivo, pero su vestuario fue, en general, poco convincente.

Beltrami parece sentirse más a sus anchas en coreografías menos ligadas a una historia concreta; tal característica ya se captó en su *Mocedades* y se reiteró ahora

con *Laberinto*, otro de los estrenos del Ballet Nacional, donde supo sugerir el tema a través de la danza y logró una obra mucho más redondeada que en *La Leyenda del mar*.

La tercera novedad fue el *pas de deux* de Espartaco, montado por Jaime Pinto, bailarín chileno que actualmente trabaja en Sudáfrica. En este caso, fueron los bailarines quienes se quedaron cortos, frente a la pujanza de la coreografía.

Hay progreso en la compañía desde que, el año pasado, presentara una temporada igualmente breve en la misma sala. Sin embargo, aun tiene problemas de repertorio. Programas formados por cinco obras breves son como una cena compuesta únicamente de entremeses. Falta el plato de fondo, o sea la obra de peso, que da su sello a la compañía, tal como antes lo fueran *La mesa verde* y los ballets de Ernst Uthoff. Las tres obras de su hijo Michael —que vive en EE.UU.—, sin duda son muy útiles para el repertorio, pero no llenan el vacío señalado.

No es un asunto de solución simple. Los buenos coreógrafos no abundan en ninguna parte del mundo y son ellos los que dan el sello, la identidad artística a una compañía; como sucede, por ejemplo, con Balanchine y el New York City Ballet. También existe la otra alternativa de un repertorio ecléctico (como es el caso de *American Ballet Theater*), pero, dentro de ambas modalidades, es igualmente imprescindible la existencia de obras de peso. *La leyenda del mar*, aunque parcialmente frustrada en sus resultados, era un intento muy válido en tal sentido. Por este conducto —y ojalá que sea posible perseverar con música chilena— se llegará a la larga a la creación de obras que fortalezcan la programación del Ballet Nacional.

Paralelamente, hace falta una mayor frecuencia de funciones aunque, por carencia de sala, es de temer que este problema no se solucione hasta el día tan esperado —pero aún hipotético— en que la Universidad de Chile cuente con un recinto propio para sus conjuntos artísticos.

Hans Ehrmann ■